

## La dura prueba de Sir Bradford, 1ª Parte

En la frontera oriental de cierto reino se asentaba una apacible aldea en donde la gente trabajaba y vivía bajo la vigilancia de un gran castillo. Sir Bradford era el caballero a cargo del castillo. Era un hombre prudente y calmado a quien le gustaba tomarse el tiempo para escuchar, observar y aprender antes de actuar o hablar. El soberano del reino había notado esas características cuando eligió a Sir Bradford para que supervisara aquella remota parte de su reino.

La responsabilidad que se le había confiado a Sir Bradford de estar a cargo de mantener la paz en aquella zona del reino, era muy grande. Sir Bradford sabía muy bien que la paz y seguridad que disfrutaban los habitantes de esa tierra se debía a mucho más de lo que su castillo y sus soldados armados podían proveer. Lo que hacía que la vida de la gente fuera segura era la garantía de apoyo y protección por parte del rey, quien vivía lejos en la animada capital del reino.

Cierto día, una mujer llegó al castillo con noticias urgentes para Sir Bradford y sus consejeros, las cuales pusieron a prueba la confianza que Sir Bradford y su pueblo tenían en el rey.

La mujer se llamaba Mabel. Ella llevaba años viviendo sola por el desfiladero boscoso que pasaba a través de las montañas de la zona fronteriza del reino no lejos de la aldea. Los aldeanos la llamaban «la mujer sabia de los bosques».



—He visto hombres armados avanzando sigilosamente por el bosque en dirección a mi casa —le anunció a Sir Bradford—. Al principio pensé que se trataba de unos pocos forajidos y salí a sorprenderlos. Pero luego vi que más abajo había muchos hombres más que avanzaban por la orilla del arroyo. Llevaban armaduras y estandartes. ¡Comprendí que los primeros hombres que había visto eran los exploradores de vanguardia de un ejército mucho más grande que avanza por la quebrada!

Sir Bradford reflexionó en lo que acababa de escuchar y luego le hizo varias preguntas a la atemorizada mujer, procurando averiguar más detalles que lo pudieran ayudar a decidir qué hacer a continuación.

—Eso es lo único que observé, mi señor —respondió Mabel—. Apenas vi el ejército, de inmediato me vine para acá. Los exploradores del enemigo por poco me detienen, pero pasé entre ellos y vine lo más rápido que pude.

—Gracias, señora —dijo Sir Bradford—. Nos ha brindado un gran servicio a todos.



Luego Sir Bradford se dirigió al sargento y soldado principal del castillo.

—Milford, haz sonar la alarma de retirada y no dejes de hacerlo. Quiero que envíes hombres que se aseguren de que todos en la aldea, en los campos y en el bosque, dondequiera que estén, entren al castillo antes de que termine esta hora.

En la cima de la torre más alta del castillo, Milford colocó los labios sobre el cuerno de retirada que solo se utilizaba para tales emergencias y lo hizo sonar a todo pulmón. Luego de cada sonido del cuerno, tocaba un tambor a un ritmo sostenido que enviaba agudas notas por toda la campiña.

—Se acerca un enemigo. ¡Traigan solo lo que puedan cargar y entren a los terrenos del castillo!  
—gritaban los soldados mientras pasaban por la aldea y los campos vecinos.

En cuestión de minutos, hombres, mujeres y niños venían en grandes cantidades desde la aldea y el campo en dirección al castillo de Sir Bradford, llevando bultos con vestimentas, ropa de cama y comida.



Mientras avanzaba la evacuación hacia el castillo, Sir Bradford envió un mensajero a caballo con una carta para el rey.

*Su majestad:*

*Nos hemos visto sorprendidos por la invasión de fuerzas enemigas que se acercan por las montañas. Todo su pueblo se está refugiando dentro del castillo, pero nos tememos que pronto nos veamos asediados. Solicitamos su ayuda inmediata para librarnos de este peligro.*

*Con toda lealtad,  
Sir Bradford en nombre de sus devotos súbditos.*

Mientras el mensajero salía cabalgando por las puertas del castillo, el pueblo lanzó una ovación: «¡Viva! ¡Qué viva el rey!»

Al poco tiempo, luego de que el último aldeano cruzara el puente levadizo del castillo que está sobre la fosa, se divisaron los soldados enemigos.

—¡Suelten la reja y suban el puente levadizo! —Ordenó Sir Bradford, al tiempo que la columna enemiga avanzaba raudamente por el camino.

Un hombre de las filas enemigas se acercó muy enojado y jadeante al borde de la fosa llena de agua del castillo. De inmediato se puso a llamar por nombre y a los gritos a Sir Bradford.

Sir Bradford apareció por la parte más alta de la torre de vigilancia del castillo y de inmediato reconoció al hombre a quien no veía desde hacía veinte años. Se trataba de Merek, conocido en todo el reino como el príncipe malvado. Hacía años se había ido del reino resentido luego de que el rey escogiera no promoverlo a una posición de señorío sobre algunas de sus tierras. Cuando Merek se fue juró volver algún día para vengarse.

—Merek, no te he visto en años —le respondió Sir Bradford—. ¿Qué haces aquí?

—He venido para reclamar lo que por derecho me pertenece —respondió impaciente el príncipe malvado—. ¡Depongan sus armas! Tu gente va a estar mucho mejor si me ceden rápidamente sus tierras sin protestar.

—No tenemos motivo para tener miedo de ti —contestó Sir Bradford—. Hemos enviado un mensaje al rey solicitando su ayuda. No hay duda de que pronto llegará con su poderoso ejército, por tanto, te sugiero que tomes a tus hombres y se vayan por donde vinieron.

El príncipe malvado no se amedrentó y respondió con enojo:

—¡Si no se rinden, destruiré su aldea, destruiré sus tierras y los convertiré a ti y a tu pueblo en mis esclavos!



Ya dentro del castillo, Sir Bradford le explicó la situación a la gente.

—El príncipe malvado es un hombre peligroso y me temo que lo único que pretende es hacer todo el daño que pueda al reino en venganza por no haber obtenido años atrás lo que quería. Rendirnos no es una opción que podamos elegir. Debemos confiar en que nuestro rey llegará a rescatarnos con su ejército.

—Seguramente tiene razón —dijo uno de los principales de la aldea—, ¡pero si el rey no se apresura, los invasores destruirán nuestras tierras y casas! Cortarán nuestros árboles y matarán nuestros animales. No tiene nombre lo que pueden hacer mientras permanezcan en la zona.

Mabel, la mujer sabia de los bosques, que fue la primera en advertir la presencia del ejército enemigo, dijo:

—No debemos dejarnos asustar fácilmente. Pensemos por un momento en la razón por la que depositamos nuestra confianza en el rey. Lo hemos hecho por un buen motivo, ¿verdad? Entonces, démosle tiempo al rey para que haga lo que tiene que hacer y no nos apresuremos a reemplazar nuestra confianza por el temor.



En ese momento el castillo se hallaba rodeado por el ejército del príncipe malvado, haciendo que fuera imposible enviar otro mensajero, al menos no un mensajero humano. De manera que el siguiente mensaje que escribió Sir Bradford salió del castillo atado a una de las patas de una paloma.

*Su majestad:*

*El enemigo tiene rodeado el castillo, pero gracias a Dios, todo su pueblo está a salvo dentro.*

*El ejército invasor está liderado por Merek, el príncipe malvado. Dice que ha venido a tomar posesión de esta parte del reino y exige nuestra rendición.*

*Por el momento estamos a salvo dentro de las macizas paredes del castillo y hemos ubicado estratégicamente arqueros y vigilantes. Si bien por el momento estamos a salvo, nos preocupa lo que el enemigo pueda hacer a nuestras tierras y no sabemos cuánto tiempo podremos resistir.*

El rey leyó la carta con gran interés. Sus súbditos le contaban en detalle el aprieto en el que se encontraban e incluso sus temores. Le decían todo eso porque dependían de él para una solución.

Con esa información, el rey pudo elaborar un plan que cambiaría el rumbo de la situación a su favor.

Sin embargo, el plan del rey iba a tomar tiempo y durante ese tiempo, dentro del castillo, la gente no sabía lo que el rey estaba haciendo y algunos empezaron a dejar que sus temores les ganaran la moral.

—¡No sean necios! —exclamó Sir Bradford—. Ellos son demasiados. Lo único que lograrán es que los maten.

En medio de la noche Sir Bradford se encontró con el sargento Milford y un grupo de soldados preparándose para arremeter contra el enemigo.

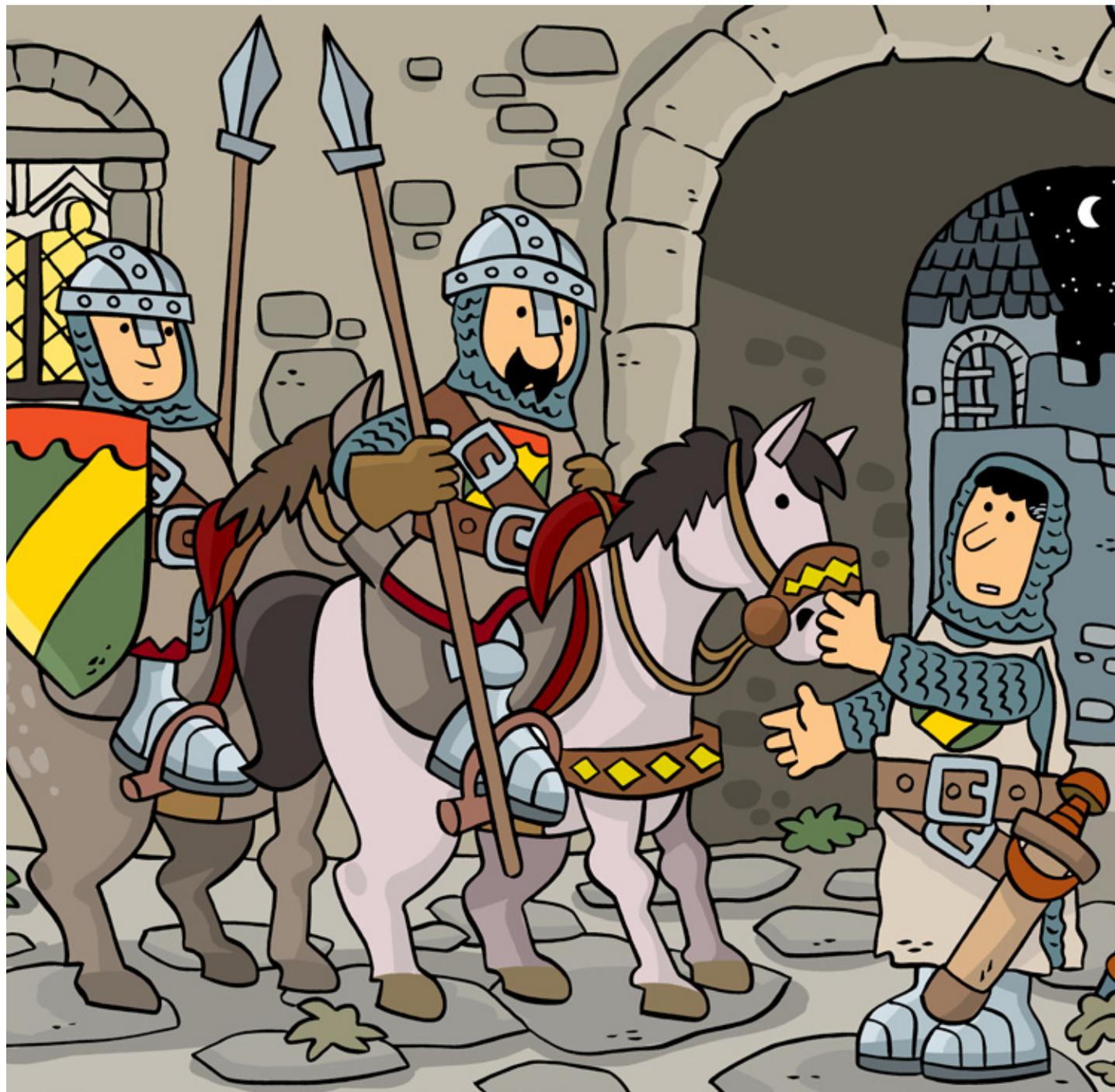
—Le hemos pedido al rey que nos rescate —dijo Sir Bradford—. Debemos tener fe y aguardar su llegada. No hay otra manera en que podamos librarnos de este lío si queremos salir con vida.

—¿Y si el rey no nos rescata? —preguntó Milford—. ¿Cómo le va a explicar eso a la gente?

Si bien aquello se evitó, Sir Bradford se dio cuenta de que la situación se había complicado y que sus propios soldados podrían volverse contra él si el rey no llegaba pronto.

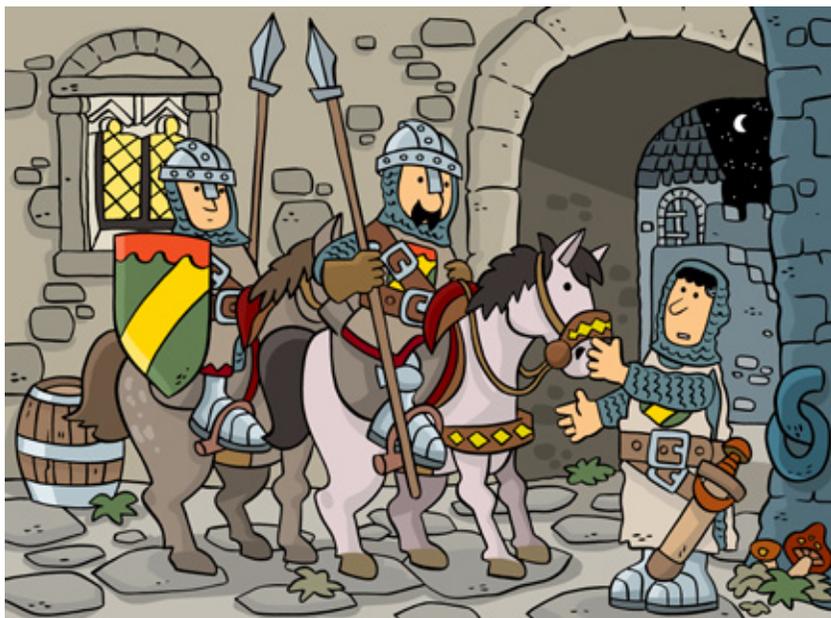
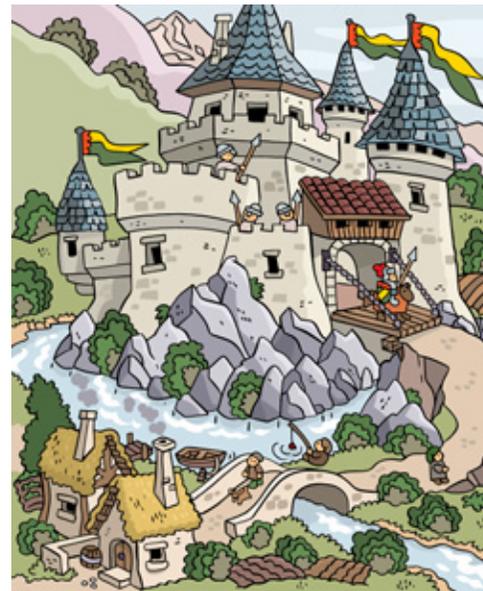
*Continuará...*

---



## La dura prueba de Sir Bradford, 2ª parte

El relato hasta el momento: Una aldea y un castillo ubicados en un remoto rincón de cierto reino se encuentran asediados por Merek, el príncipe malvado. Sir Bradford, el señor del castillo, envió un mensaje al rey solicitando su ayuda. Al no llegar la ayuda rápidamente, la gente se vuelve ansiosa y algunos tratan de resolver el asunto por su cuenta.



Al día siguiente, casi una semana después de que los aldeanos se hubieran refugiado en el castillo, el rey llegó con su poderoso ejército.

Pero si Merek, el príncipe malvado, estaba impresionado, se esforzó por disimularlo.

—Te tomó tiempo llegar, eh —le espetó Merek al rey cuando se encontraron para dialogar cara a cara.

—No tienes nada que hacer aquí —le contestó el rey con enojo ante la insolencia del enemigo—. Esto forma parte de mi reino y estoy aquí para proteger a mi pueblo, por tanto, no eres bienvenido aquí.



—¡Obligame a irme! —Le gritó el príncipe malvado—. ¡No tengo miedo a pelear! Ven, veamos a quién pertenece este rincón del reino realmente.

La gente que observaba el intercambio de palabras desde las paredes y torres del castillo quedó boquiabierta ante la insolencia del príncipe malvado.

—¡Han desafiado al rey y ahora tendrá que actuar! —dijo el sargento Milford.

—Sir Bradford, usted tenía toda la razón —dijo Milford—. Fue tonto de mi parte creer que podíamos actuar sin la ayuda del rey.

A lo largo del día, los ciudadanos observaron con gran interés, anticipando la derrota del ejército del príncipe malvado.

Pero el rey hizo algo que resultó tan confuso como inesperado. En vez de atacar a los invasores, el rey y su ejército se quedaron donde estaban, acampados en su posición con vista al castillo y al ejército del príncipe malvado.





Los días pasaban y los mensajes del príncipe Merek se volvían cada vez más arrogantes:

—¡Miren el miedo que me tiene su rey! Se da cuenta de que mi ejército es demasiado fuerte para él. Dejen de esperar en su débil rey y ríndanse.

Los que estaban dentro del castillo se iban inquietando cada vez más. Sin embargo, Sir Bradford ordenó que todos se quedaran en su sitio.

—El rey conoce nuestra situación. Ahora está aquí y no nos va a abandonar.

Si bien la aparente falta de acción del rey no alentaba mucho a los refugiados en el castillo, el rey sabía lo que hacía. Tenía muchos espías e informantes, incluso dentro del ejército enemigo, quienes diariamente le proporcionaban información. Y esa información le dejaba saber al rey que su plan estaba dando resultado.

Para la gente que observaba desde el castillo fue una escena preocupante ver cómo una mañana los soldados del rey desmantelaban sus tiendas de campaña y empacaban sus cosas. Luego, para su consternación, vieron cómo el ejército del rey formaba columnas y se retiraba.

—¿Qué está haciendo el rey? —exclamó con enojo el sargento Milford—. ¿No es lo suficientemente fuerte como

para ayudarnos? ¿Acaso le importamos?

—Tal vez el rey considera que tiene algo más importante que hacer —sugirió otra persona.

—Tal vez no somos su prioridad —dijo otro—. Quizás recibió un pedido urgente de otra parte del reino y se ha ido a ayudar allá.

—En tiempos difíciles como estos, el rey debe estar muy ocupado y debemos aceptar que estamos solos.

—¡Miren! ¡Su rey huye! —Se jactó el príncipe Merek—. Prepárense para rendirse. Una vez que me haya encargado del ejército del rey volveré para hacer lo mismo con ustedes.

Pese a su bravuconería, el príncipe malvado y su ejército no se movieron y permanecieron en su campamento fortificado por el resto del día.

Aquella noche el ambiente se llenó de ruido y conmoción en el campamento del príncipe malvado. Durante la noche los vigilantes apostados en las torres del castillo observaban ansiosos, pero poco era lo que podían ver salvo la luz de algunas antorchas. Antes del amanecer, todo quedó en silencio, mucho más que en los días anteriores.



Tras esperar y observar durante buena parte de la mañana, Sir Bradford decidió dirigir una patrulla de soldados para salir a investigar.

–Solo voy a llevar a algunos de ustedes –les explicó a sus hombres–. Si algo sale mal y tuviéramos que movernos con rapidez, va a ser más fácil para nuestro pequeño grupo regresar rápidamente al castillo.

Sir Bradford fue el primero en abrirse paso por la fortificación del castillo y echar un vistazo al campamento enemigo. Le sorprendió ver que el campamento había sido abandonado, aparentemente a la carrera y desordenadamente. Al notar que había un hombre con armadura deambulando por el campamento, Sir Bradford se abalanzó sorpresivamente sobre él.

–¡Me rindo! –gritó el hombre.

–¿Qué ha pasado aquí? –le preguntó con firmeza Sir Bradford.

–¡Yo... no... no sé! ¡Me dio fiebre y cuando desperté esta mañana todos se habían ido! –dijo quejándose–. ¡Me dejaron atrás!

–Detengan a este hombre mientras investigo –le ordenó Sir Bradford a sus hombres.





Las pocas tiendas que habían quedado estaban vacías y el campamento abandonado. Con gran alivio, Sir Bradford condujo a su grupo explorador de regreso al castillo, donde anunció:

–Se acabó. Al parecer el asedio ha terminado. El enemigo se ha marchado de nuestras tierras.

No pasó mucho tiempo hasta que la gente hubo dejado el castillo para volver a sus fincas y hogares. Todo estaba desordenado, sobre todo en la aldea donde habían acampado muchos de los soldados enemigos. Pero no había nada que no se pudiera reparar o reemplazar y se le dio buen uso a los materiales que se encontraron en el abandonado campamento enemigo.

Sir Bradford sabía que tendría que salir de viaje a la mayor brevedad posible. Necesitaba hablar con el rey. Por mucho tiempo había permanecido fuerte y leal, pero luego de los recientes sucesos, Sir Bradford tenía preguntas que necesitaban respuesta.

De modo que una vez que la gente hubo salido del castillo e iniciado la tarea de reparar sus hogares, Sir Bradford dejó el castillo a cargo del sargento Milford y partió a galope en dirección a la capital del reino.

Al llegar Sir Bradford, un mayordomo le informó que

esperara en el jardín del palacio, que allí lo vería el rey.

El jardín del palacio era un lugar hermoso. A cualquiera que entrara en ese bello lugar le llamaban la atención los árboles frutales, los rosales, las piscinas y las fuentes. No obstante, cuando el rey entró al jardín por una puerta pequeña, Sir Bradford no había tenido mucho tiempo para examinar el entorno.

–¡Sir Bradford! –exclamó el rey, acercándose rápidamente hacia él–. Qué bueno verte.

–Eso fue una prueba atroz con el príncipe malvado, ¿verdad que sí? Yo siempre supe que algún día volvería –dijo el rey con una expresión lejana en sus ojos–, pero eso no hace que esto sea más fácil. Solo me alegro de que tus mensajes me llegaran rápidamente de manera que pude poner las cosas en marcha para librar tus tierras lo antes posible. Espero que tu gente se esté recuperando de la pesadilla.

Sir Bradford miró hacia el suelo.

–Amigo mío, ¿hay algo que me quieras decir? –Preguntó el rey–. ¿En qué piensas? No tienes por qué vacilar.



–Bueno, mi señor, usted habla como si nos hubiese rescatado –dijo Sir Bradford–. Sin embargo, a nosotros nos dejó la sensación, bueno, de que al parecer usted no hizo nada. Nos dejó allí, escondidos dentro de los terrenos del castillo, hasta que, afortunadamente, el príncipe malvado finalmente levantó carpas y se fue por su propia iniciativa.

–¡Ay, Sir Bradford! –Dijo el rey con una voz llena de compasión que sonaba al borde de las lágrimas–. Lamento profundamente todo lo que tú y tu pueblo tuvieron que pasar. Fue algo terrible ver que sus vidas y hogares corrían semejante peligro.

–Pero debes saber que fui fiel a mi palabra. Con frecuencia hago cosas de maneras que mi pueblo no entiende y no siempre puedo revelarles mis razones.





–Pero en este caso, creo que lo entenderás una vez que te lo explique. Tú eres mi siervo fiel y sé que emplearás este conocimiento para inspirar a otros a confiar en el criterio que utilizo para la manera en que elijo hacer las cosas.

–Me llevó tiempo reunir mis fuerzas. Muchos de mis caballeros y soldados estaban lejos defendiendo otras partes del reino y les llevó tiempo responder a mi llamado para reunirnos y marchar conmigo.

–Luego, como sabrás, marchamos en dirección a vuestras tierras y nos ubicamos a plena vista del príncipe malvado y su ejército.

–El príncipe malvado estaba bien preparado para dar batalla allí donde se encontraba, atrincherado

en vuestras tierras rodeando el castillo, y si los hubiésemos atacado enseguida los podríamos haber derrotado, pero habría sido una batalla larga y penosa encima de las fortificaciones que el príncipe malvado habría construido. Ustedes se habrían podido quedar atrapados durante semanas en el castillo y, en el proceso, sus tierras habrían sufrido gran destrucción.

–No obstante, al contener a mi ejército, no le di al enemigo el tipo de batalla que él esperaba, batalla en la que Merek pensaba que su fuerte y bien preparada posición le daría ventaja. Él sabía que mi ejército estaba preparado y vio que yo no lo iba a combatir en sus propios términos, sino que me estaba preparando para enfrentarlo a campo abierto.



—Con los días me enteré, por medio de mi red de informantes, que el príncipe malvado y sus hombres no eran lo suficientemente valientes como para hacer frente a mis poderosos hombres de a pie y a mis veloces caballeros en terreno abierto. Ellos no iban a moverse de la seguridad de su posición fortificada mientras mi ejército estuviera cerca. De manera que apenas alejé mi ejército y le di a Merek la oportunidad de batirse en una segura retirada, la aprovechó enseguida.

—Sir Bradford, a su tiempo tu gente aprenderá que lo que dejan en Mis manos siempre redundará en bien. Algunos aprenden esta lección rápidamente, mientras que para otros es un proceso que dura toda una vida. Pero mi pueblo siempre será mi pueblo y aun cuando duden de mí, yo continuaré respondiendo a sus peticiones.



—Muchos meses después, se le informó a la gente que el rey venía de visita. El ambiente era festivo mientras la gente se preparaba para aquella visita real. El día que llegó el rey, había banderas en las ventanas de las casas y serpentinas en los árboles. Los niños gritaban emocionados al ver al rey tan de cerca.

El rey sonreía y saludaba con la mano mientras su carruaje avanzaba lentamente por la aldea en dirección a la plaza. Le brindó una sonrisa especial de reconocimiento a Mabel, la mujer sabia, quien a su vez se sonrojó y se inclinó cortésmente.

Un hombre corrió hacia el carruaje y cayó de rodillas, era Milford, el sargento del castillo.

—¡Mi señor! —exclamó—. Yo sé que le debemos nuestra seguridad y bienestar. Lamento haber dudado de usted y me avergüenza confesar que hasta hablé en contra de sus acciones delante de otros cuando nos encontrábamos sitiados.

El rey descendió de su carruaje, levantó del suelo a Milford y le dio un gran abrazo.

—Todo está perdonado —dijo el rey—. Ustedes pidieron mi ayuda y su tierra está a salvo y eso es lo que importa. Amigo mío, puedes estar seguro de que aunque dudes de mí, sigo siendo tu fiel y devoto rey.

Y así termina nuestro relato. Aunque algunas personas continuaron quejándose de las acciones del rey, la mayoría terminó por entender que el rey había hecho lo que era mejor para ellos y sus tierras. Y, a pesar de lo que la gente pensara, el rey siempre veló por su amado pueblo.

